

ARTICULO IX

Al hablar de la ingratitud de algunos extranjeros, que, o no se toman el trabajo de estudiar el país, u olvidando afectan desconocer el mérito de las personas o de las cosas, cité por incidencia al célebre Barón de Humboldt como un ejemplo de ello.

Confieso mi atrevimiento al calificar casi de egoísta al sabio viajero prusiano que nos visitó en los primeros años de este siglo; pero no sé qué otro calificativo merezca en parte su extraña conducta. Es verdad que Humboldt llamó a Santafé “la Atenas de la América del Sur”, en un sentido relativo, sin duda porque esta ciudad le pareció la más culta de cuantas hasta entonces había tenido ocasión de conocer cuando él pensaba tal vez que este país se hallaba todavía en el estado primitivo, o poco menos encontró en la capital más de una docena de hombres notablemente instruídos, templados por el mismo tono que él, es decir, amantes y cultivadores de las ciencias naturales. Pero tal título, que los honraba y favorecía, no impidió que en sus escritos callase los nombres de esos sujetos, de cuyos conocimientos locales y prácticos se aprovechó grandemente, y que tan importantes datos y noticias le suministraron gustosamente acerca del país, su topografía, minas, producciones, climas, etc.

Fíjese usted bien, en que el calificativo de **Ate-**nas le fue dado a Santafé, por Humboldt, no por los hijos de esta ciudad. Y fíjese también en la contradicción inexplicable que parece haber entre

esta galantería del sabio prusiano y su conducta posterior.

En lo que de él he leído no recuerdo que hable, por ejemplo, de Caldas, el más conspicuo de todos, sino por incidencia, y lo mismo respecto de otros varios hombres notables del país, contemporáneos y amigos suyos.

En corroboración de ello citaré lo que el biógrafo de Caldas, don Lino de Pombo, dice, en son de queja, en su **Memoria histórica sobre la vida, carácter, trabajos científicos y literarios, y servicios patrióticos de Francisco José de Caldas**, publicada en Bogotá, en 1852.

Hablando de su famoso descubrimiento del modo de medir las alturas por medio del agua en ebullición, sin necesidad del barómetro, dice:

“Aguardaba Caldas con impaciencia la llegada del Barón de Humboldt a Popayán para someter a su juicio la teoría que con tanto esmero había creado y perfeccionado y saber al fin si era nueva. El ilustre viajero sólo pudo citarle otra teoría imperfecta y precaria, indicada por Suncio. Entró, pues, Caldas en posesión de su descubrimiento; y, a pesar de la noticia que de él tuvo Humboldt, a pesar del largo tiempo transcurrido, todavía no se le conoce en Europa, según parece, y muy poco en nuestro propio país.

“.....

“Indispensable, aunque penoso, es hacer aquí notar que el Barón de Humboldt no correspondió de la manera que era de esperarse a la confianza y noble franqueza de Caldas, en lo relativo a su descubrimiento del principio invariable de variabilidad del calor del agua en ebullición, no obstan-

te haberlo admitido como original, después de ceder el campo en la objeción que propuso de que **el calor del agua variaba a la misma presión hasta un grado**, según lo afirma Caldas en su Memoria, y no obstante haberse aprovechado de él en el curso subsecuente de sus exploraciones científicas.”

Más adelante copia algunas observaciones del Barón, que parece deja entender ser originales suyas, y sólo dice que Caldas hizo **algunas otras**. Ni una sola palabra —agrega el señor Pombo— acerca del descubridor de ese principio en América por sus propios y aislados esfuerzos.

Caldas fue desgraciado. Igual desengaño sufrió con su **Geografía de las plantas**, sistema de que fue único y exclusivo inventor, y de que igualmente se aprovechó Humboldt. Parece, según estoy informado, que un distinguido botánico español, el señor Vilanova, o Villanova, reivindica para Caldas la gloria de esta invención, muy anterior a la época en que el Barón escribió su obra que lleva el mismo título.

Forma contraste esta conducta egoísta con la del no menos célebre viajero, compatriota de Humboldt, H. Karsten, naturalista sapientísimo, que visitó nuestro país y estuvo en Bogotá por los años de 1855 a 1856, y cuyas obras, costeadas por el gobierno austríaco, se publicaron en Viena, en ese último año, con el título de **La situación geognóstica de la Nueva Granada (Geognostische Verhältnisse New-Granada's, Von H. Karsten)**.

Aunque este ilustre viajero no halló aquí sabios como Mutis, Caldas, Lozano y demás, que brillaron a principios de este siglo, ni tuvo oca-

sión de conocer a los que en su tiempo existían, supo agradecer a los aficionados con quienes se relacionó, los datos que pudieron suministrarle, e hizo mención honrosa de ellos en sus escritos; y aún más, les dio sus respectivos nombres, a algunas muestras de especies, para él nuevas, en materia de fósiles, que le fueron presentadas como pequeños obsequios o recuerdos amistosos. Así puede verse en las ricas láminas grabadas que acompañan a su famosa edición de lujo, la cual tendré el gusto de enseñar a usted algún día, si usted lo desea.

ARTICULO X

La primera mitad del siglo XVIII fue una época de importantes trabajos y muy fructuosas empresas en las misiones de Casanare, y a ellas están asociados los nombres de los padres Gumilla, Mimbela, Rivero, Neira, Román —autor de una **Historia del Orinoco**— y otros no menos beneméritos, por los grandes servicios que prestaron en ellas a la civilización y a la humanidad. Mucho debieron entonces una y otra a los hijos de Loyola por las fundaciones de multitud de pueblos y reducción de no pocas tribus. Más de cuarenta se contaban ya en los Llanos, bien organizados, en lo material y en lo formal, cuando los Jesuítas tuvieron que dejar el país.

El padre Gumilla, no sólo fue misionero activo y valeroso, sino también historiador notable. Es-